

La recompensa del desierto

Había una vez un joven llamado Kirzal que debía hacer un viaje de negocios a un pueblo situado a 200 kilómetros de distancia de donde él vivía. Por falta de tiempo, decidió tomar el camino más corto, pero también el más difícil: el desierto. Dio de beber a su camello y se puso en marcha.

A medio camino le sorprendió una tormenta de arena. Como no podía perder ni un minuto, se tapó la cara y continuó avanzando. De repente, una calma extraña lo rodeó y a pocos metros vio una figura humana tendida en el suelo con su camello. Era un viejecito. “¿Eres tú, Kirzal?”, le dijo el hombre. El joven no se lo creía. “¿Sabes quién soy? ¿Mi fama se ha extendido por todo este desierto? Y tú, ¿quién eres? Sea como sea, no te encuentras bien y te ayudaré”. En seguida, el joven Kirzal le ofreció agua de su cantimplora y pensó: “Una vida vale mucho más que un negocio”. Lo ayudó a subir a su camello y le indicó el camino que debía seguir. Mientras el viejo se marchaba, agradecido, lo miró largo rato y pronunció unas extrañas palabras: “Algún día, el desierto te recompensará”.

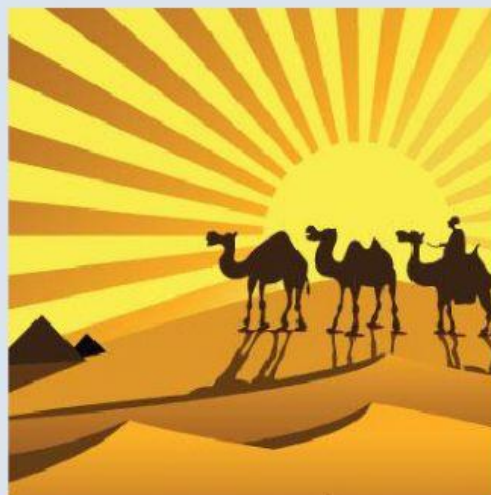
Treinta años más tarde, Kirzal se había convertido en un hombre de negocios que viajaba de un lugar a otro. Un día que estaba fuera de casa, recibió la noticia de que su hijo se había puesto gravemente enfermo. Abrevó su camello, llenó la cantimplora y se preparó para ir a verlo. Para hacerlo, cogió el atajo que ya conocía del pasado.

Sin embargo, con las prisas, a Kirzal se le cayó la cantimplora y se quedó sin una sola gota de agua. Entró en el desierto y, desesperado, sediento, con la lengua seca y la piel quemada, caminaba cada vez más despacio, hasta que de repente le sorprendió una tormenta de arena. Entonces pensó que aquello sería su final y que no volvería a ver a su hijo. Estaba tendido en el suelo al lado de su camello cuando, como por arte de magia, en la lejanía apareció una figura humana y, a medida que se acercaba, lo fue reconociendo. ¡Era él mismo! ¡Recordaba su rostro de cuando era más joven, la ropa que llevaba, incluso el camello!

“¿Eres tú, Kirzal?”, le dijo el hombre con voz ronca. El joven, sorprendido, contestó: “¿Sabes quién soy? ¿Mi fama se ha extendido por todo este desierto? Y tú, ¿quién eres? Sea como sea, no te encuentras bien y te ayudaré.”

El viejo Kirzal, con una sonrisa en los labios, prefirió beber el agua que le ofrecía y no decir nada. Pero mientras se marchaba miró al joven que una vez había sido él y sólo encontró estas palabras: “Algún día, el desierto te recompensará”. Entonces montó en el camello y fue a encontrarse con su hijo.

Kirzal llegó a ser un hombre sabio y respetado. El desierto por donde pasó recibió el nombre de Samavstrecha, que quiere decir “el desierto donde uno se encuentra a sí mismo”.



1. ¿Por qué, aunque el desierto era el camino más corto, también se consideraba el más difícil?

- A. Porque el protagonista debía recorrer 200 km menos hasta su pueblo.
- B. Porque debía llevar muchas más provisiones para superar la travesía.
- C. Porque el calor y las tormentas de arena hacían que el viaje fuera peligroso.
- D. Porque es fácil tener alucinaciones constantes que te hacen perder la razón.

2. ¿Qué es lo que sorprendió más a Kirzal cuando se encontró al viejecito en el desierto?

- A. Que el viejecito lo reconociera.
- B. Que el viejecito era en realidad su padre.
- C. Que alguien tan mayor siguiera vivo después de tantos días en el desierto.
- D. Que al despedirse el viejecito le dijera «Algún día, el desierto te recompensará».

3. ¿Qué fenómeno provoca en ambas travesías un empeoramiento de la situación de los viajeros?

- A. Un sol abrasador.
- B. Una tormenta de arena.
- C. La pérdida de la cantimplora.
- D. Una lesión en la pierna del camello.

4. Kirzal volvió una segunda vez al desierto...

- A. para emprender un nuevo negocio.
- B. para reencontrarse con su hijo enfermo.
- C. para recordar los viejos tiempos, cuando era más joven.
- D. para reencontrarse con el viejecito con el que mantenía una fuerte amistad.